

Habla su biblioteca

Novedades de la Biblioteca

“Florentino Idoate”

HERMANN FEUSSIÉR BINDER

Francisco J. Rubia: *El cerebro nos engaña*. Editorial Temas de Hoy, Madrid, 2000

El autor, Francisco Rubia, doctor en Medicina y catedrático de Fisiología Humana de la Universidad Complutense de Madrid, nos introduce en este libro, con amenidad no exenta de rigor científico, en el fascinante mundo del cerebro humano, con todas sus importantes implicaciones: desde las estrictamente neurobiológicas, pasando por las antropológicas, filosóficas y artísticas hasta llegar, incluso, a las religiosas.

El sugestivo título del libro, *El cerebro nos engaña*, alude a la capacidad misticadora del cerebro humano, es decir, a su impresionante potencial para crear imágenes, ilusiones, sensaciones fantásticas, etc., todas ellas auténticas deformaciones de la realidad, falsedades o, si se quiere, “realidades irreales”, falsas pero necesarias, por lo demás, para la sobrevivencia de la especie. Y es que

debajo de toda la estructura explicativa de la fenomenología mental se encuentra también — como para cualquier fenómeno biológico— la teoría de la evolución darwiniana: así como las especies animales y vegetales han evolucionado durante millones de años intentando adaptarse —exitosa o fracasadamente— a sus ambientes respectivos, también la mente humana, como función del cerebro del *Homo sapiens*, ha evolucionado concomitantemente. Es así entonces que, como estrategia de sobrevivencia, resultado de un larguísimo proceso evolutivo —que ya Charles Darwin descifró hace más de 150 años— la mente humana “nos engaña” produciendo imágenes falsas que abarcan una gama de fenómenos desde la simple construcción mental de un cubo tridimensional a base de la visualización de una serie sencilla de segmentos rectilíneos interconectados hasta complejas visiones místico-religiosas.

Francisco Rubia no escatima esfuerzos para demostrar las tesis centrales de su libro. Aporta una profusión de ejemplos, situaciones y se apoya en autores —en su mayoría científicos y filósofos de renombre— que conducen a la conclusión que el cerebro mistifica, inventa, fabula, a distintos niveles y como resultado de diferentes condiciones y/o factores desencadenantes. Así, tendrían la misma explicación de fondo fenómenos aparentemente distintos como las ilusiones ópticas, las invenciones de la memoria —visual, auditiva o incluso lingüística, las inspiraciones artísticas o literarias, las visiones místicas experimentadas por personas en estado de éxtasis religioso o las visiones psicodélicas bajo el efecto de sustancias alucinógenas. De hecho, ya es posible inducir estados alterados de conciencia por medio de la administración de sustancias químicas apropiadas o por medio de intervenciones electrónicas directas en zonas determinadas de la masa encefálica. Se ha evidenciado experimentalmente la notable similitud entre las experiencias visuales o de euforia causadas por estados de éxtasis religioso o experiencias límite —por ejemplo las denominadas *experiencias cercanas a la muerte, ECM*— por una parte, y las que son pro-

vocadas artificialmente por medio del complicado instrumental tecnológico de las neurociencias, por otra parte.

Una de las tesis centrales alrededor de la cual gira *El cerebro nos engaña* se refiere al *dualismo* persistente y omnipresente en la mente humana que nos hace ver siempre en el mundo elementos emparejados y opuestos, estructuras fundamentalmente segmentadas en pares, categorías duales. Los ejemplos en todos los ámbitos son incontables: arriba y abajo, grande y pequeño, bien y mal, bello y feo, dioses y demonios, todo y nada, finito e infinito, cuerpo y alma, materia y espíritu, tesis y antítesis, fenómenos y *noúmenos* kantianos, sensibilidad y razón, mito y *logos*, etc. La explicación de fondo para esta peculiar forma de encajar el mundo en nuestra mente estaría de nuevo en las estructuras fisiológicas del cerebro humano. Dos son los hemisferios cerebrales como dos son los polos opuestos que nuestra mente siempre busca... y encuentra en cada detalle del mundo y en todo el mundo.

Otro tema fascinante abordado por Rubia es el de la conciencia humana o del *yo*. La sempiterna pregunta filosófica por su naturaleza y ubicación es tratada

a la luz de las últimas investigaciones sobre la fisiología del cerebro. Es más, cabe la pregunta: ¿es el *yo* único o, por el contrario, existirían varios *yos*? En este contexto es crucial la consideración sobre el carácter modular del cerebro. A partir de estas cuestiones, el deslizamiento hacia reflexiones acerca de la identidad del individuo humano, su libertad, su autonomía y su responsabilidad, es casi obligado.

También desfilan en *El cerebro nos engaña* asuntos como el origen del lenguaje humano, del pensamiento mítico-religioso, de la racionalidad y de la emocionalidad, de los miedos instintivos innatos, de la capacidad simbólica, etc. Es determinante en la comprensión de estos aspectos de la vida mental, la vinculación con el desarrollo evolutivo del cerebro, la *superposición* de los diversos estratos en que se ha ido constituyendo en sucesión complejizante: desde la capa primitiva “reptiliana” —encargada de respuestas más instintivas, automáticas y emotivas— ubicada en lo más profundo del cerebro, hasta la corteza, una capa “gris” de 2 a 5 mm de espesor —encargada de las más complejas y elevadas labores intelectuales abstractivas—, caracterizada por las típicas circunvoluciones que proveen

máxima superficie, optimizando su eficacia funcional.

La importancia paradójica de las neurociencias reside, hoy por hoy, en la doble faz de, por un lado, la obvia centralidad del rol del cerebro humano en el desentrañamiento de una multiplicidad de procesos, comportamientos y fenómenos psíquicos aún desconocidos o en incipiente proceso de investigación y, por otro lado, su ingente relevancia para diversos ámbitos humanos que implican forzosamente su participación y cuyos expertos han ignorado históricamente o persisten en continuar ignorándola. El estudio de casi cualquier producto de la creatividad humana —técnico, intelectual, artístico, religioso, cultural— que suponga la participación de la *psique* pasa por la necesidad epistemológica y científica de entender sus mecanismos originantes en el cerebro. Toda la riqueza *poiética* (del gr. *poihsiz*, *poiesis* = acción, creación, fabricación, construcción, poesía, composición) humana tiene su asiento en esa compleja masa neuronal que todos hemos heredado de nuestros ancestros animales después de un larguísimo camino evolutivo. La creatividad humana que ha construido civilizaciones, que ha creado sistemas

teóricos de interpretación de la realidad, que ha imaginado transmundos, ideas hipostasiadas y dioses y que ha transformado el mundo natural en un mundo humano y “civilizado”, es simplemente el modo estratégico particular del cerebro del *Homo sapiens* de *adaptar-se* al mundo y *adaptar-lo* para su beneficio en procura del fin último: la sobrevivencia. La inteligencia humana aprehende realidades, conoce, esquematiza, modela, teoriza, intenta predecir, todo ello con el fin último de perpetuar la especie y evitar el triunfo –momentáneo o definitivo– de la ley física del aumento de la entropía que terminará por hacer capitular este episodio de vida en la Tierra. Por esta razón, el cerebro no sólo busca afanosamente información que le dará los insumos necesarios para formarse una imagen del mundo o del ámbito específico que le atañe y con la cual logrará tener éxito, sino que además intentará completar —o complementar— dicha información con datos o imágenes muchas veces inventadas, pero, en cierto modo coherentes con el conjunto teórico de base. Es así como en determinadas circunstancias especiales el cerebro puede llegar a elaborar fantasías, imágenes e ideas que le permiten encontrar una explica-

ción “lógica”, “coherente” o simplemente “plausible”. Nuestra mente para entender, para completar la explicación que busca con afán, para soportar la dureza de la vida, para intentar permanecer. Una permanencia que, de ser originariamente terrenal, la hemos extendido imaginariamente a lo celestial. El cerebro nos induce a crear en nuestra mente objetos que nunca existieron en realidad, así como algunas palabras que creímos haber escuchado nunca existieron. Es un engaño del cerebro, pero un engaño funcional pues sirve a un propósito. *Creemos* y *creemos* para pervivir, para ser eficaces y funcionales, para existir y seguir existiendo. Fabulamos como parte encubierta de nuestro equipo de supervivencia: éste sería el origen de los mitos que las distintas civilizaciones –antiguas y modernas– han construido y que son parte esencial del profundo ser antropológico y religioso que nos constituye como humanos. Las formas del mito podrán ser diversas, pero todos poseen un profundo suelo común. Este suelo común se halla encerrado en la masa encefálica humana, tan maravillosa como oscura.

Uno de los méritos de los libros como *El cerebro nos engaña* de Francisco Rubia es, precisa-

mente, hacernos conscientes de las profundas raíces fisiológicas – materiales al fin y al cabo– de prácticamente la globalidad de nuestro mundo mental, en toda su complejidad y riqueza, por más que intentemos aferrarnos a idealismos y transcendentalismos que nos han permitido secularmente creernos y sentirnos no sólo superiores sino únicos. Obviamente que el riesgo de caer en los llamados reduccionismos siempre está al acecho. Y no faltan quienes enarbolan esta bandera acusadora para defender a ultranza posturas idealistas “queridas” de gran tradición en la historia del pensamiento. Pero aunque el peligro de reduccionismo sea tan real como peligroso por extremo, ello no puede ni debe impedir que las ciencias –en este caso las neurociencias– busquen penetrar en las honduras más recónditas del cerebro humano para desvelar sus secretos y permitir entendernos mejor como personas y como especie. Quizá haya que sacrificar un poco –o mucho–

de la gloria con la que nosotros mismos nos hemos autocoronado históricamente, en provecho de la verdad del autoconocimiento humano, por medio de la razón y de sus instrumentos científicos. Y para alcanzar un mejor conocimiento, no sólo del mundo, sino de nosotros mismos, se impone justamente una actitud intelectual abierta y multidisciplinaria, lo que incluye, por supuesto, tanto a las ciencias como a las humanidades. Tan dañina es la soberbia autosuficiente del científico como la de su contraparte de la filosofía o de cualquiera de las humanidades. El libro de Rubia establece un puente de conexión en esta sana y necesaria dirección de complementariedad disciplinaria, en la medida en que la comprensión de las creaciones humanas debe pasar por el desciframiento de las claves constructivas, estructurales y funcionales del cerebro del *Homo sapiens*, este primate racional y simbólico que somos, a la vez descubridor e inventor de realidades.